



UN LIBRO NUEVO

[BISET, Emmanuel y FARRÁN, Roque (Editores). (2011). *Ontologías políticas*. Buenos Aires: Imago Mundi]

Leandro García Ponzó

Becario CONICET - Centro de Investigaciones "María Saleme de Burnichón"

leagarciaponzo@gmail.com

Ontologías políticas es el nombre de un libro que Emmanuel Biset y Roque Farrán se han encargado de editar y en el que participan nueve autores. Desde el comienzo, el lector está advertido: lo que va a ser dicho pertenece al terreno común, a la discusión y al pensar conjunto, muchas veces polémico. "Publicamos para seguir en la conversación infinita en la que estamos", comentan.

La pluralidad de voces que vive allí se traduce en varios dispositivos a los que se echa mano para mirar la política, cada uno de ellos reflejado en un nombre propio: Agamben, Nancy, Lacan, Althusser, Badiou, Rancière, Derrida, Foucault. Todos llegan en el momento de enfrentarse a la ardua tarea del pensar, pero no como prótesis ni autoridad, menos aún para suplir una falta en lo que se quiere decir, sino como un nutriente, un estímulo o un pretexto para hablar de otra cosa. Este libro relata en realidad una urgencia nueva y atávica a la vez: la del quehacer intelectual frente a –y junto con– la comunidad. Esta relación es política. Y es el primer horizonte sobre el que descansa el proyecto de *Ontologías políticas*. Es una obra que habla sobre política y la política –aún si proviene de una reflexión detenida– es siempre urgente. Lo es porque el mundo es injusto y el desvelo de aquella es volverlo justo. La política consiste en esa voluntad y, por lo tanto, no está presente todo el tiempo; es rara. Por eso, parte de la apuesta de este libro es traerla al centro de la escena pero no como una región particular de la realidad sino como una indagación sobre la polémica misma que ella supone. Indefinida, evanescente, pero indispensable; se trata de pensar su génesis y naturaleza.

En consecuencia, lo que se percibe con el correr de las páginas es el



compromiso irreductible de los autores con la creación política en sí misma.

“Las diversas ontologías políticas presentadas aquí no surgen de una relación exterior entre conocimiento y realidad, o entre sujeto y objeto, sino que son formas de pensar cómo se constituye el mundo como tal. De un lado, se destituye el privilegio de la teoría en cuanto no se define una forma de conocer, sino una forma de constituir el mundo. De otro lado, la política ya no se considera un área determinada dentro de la realidad, sino el mismo proceso de constitución de lo real.” (Biset, Farrán, Aznárez Carini, Daín, Groisman, Moyano, Reynares, Romero y Vargas, 2011:3).

La política, extraña y poco frecuente, se trasluce en cada oración.

Notemos que *Ontologías políticas* es también, además de un nombre escogido para designar cierto procedimiento del pensar conjunto, el centro – sino el tema– de aquella conversación infinita. Es la frase que no para de repetirse. Es un tanto disonante. La “ontología” se ha resistido desde siempre a ser “política”. Digámoslo de este modo: las formas que nuestro lenguaje ha tenido para hablar acerca del ser pretenden excluir cualquier dimensión contingente y humana en su pronunciamiento; la ontología ha querido ser una visión límpida sobre algo que sería igualmente diáfano y permanente. Podemos entender por qué estamos ante una dificultad con el sintagma “ontologías políticas”. En primer término, porque se reconoce que han existido o existen numerosos discursos posibles acerca del ser. Esto los llena de contingencia como tales. En segundo lugar, porque una palabra que se preciaba de ser inmovible aparece sujeta a discusión. Reconocerle esa característica a la ontología es dotar a su concepto tradicional de una suma fragilidad. Pero también de un campo de preguntas enorme. Lo que está en juego es el estatuto mismo del discurso y su relación con lo que hay. Esa expedición es la que llevan adelante los autores:

“los discursos sobre el ser son el preguntar que abre lo dado más allá de lo dado: a su modo contingente de configuración. Esto implica pasar de la pregunta por el ‘qué’ a la pregunta por el ‘cómo’. Se trata de pensar el cómo de la multiplicidad de lo dado sin remitir a algo más allá de ello. Se acentúa así el proceso de constitución de lo existente, lo que nos permite señalar que las condiciones de posibilidad son condiciones de existencia.” (Biset et al, 2011:5).

Este libro, como todo ejercicio de pensamiento, encierra un esfuerzo. Y lo redobla: intenta pensar ontologías novedosas o –algo que se acerca más a un desafío– aquello que no puede ser inscripto en cualquiera de ellas. Se



pretende tocar *lo que no está presente* en las ontologías clásicas –aquellas del principio y el fundamento–, su exceso, eso que también es renuente a someterse a cualquier discurso. La energía está puesta en rodear esa desmesura a través de ciertas palabras que acompañan a la palabra “ontología” en cada capítulo: *falta, sobredeterminación, diferencia, genealogía, distorsión, inoperancia, nodo, sujeto*. Todo lo que falla está ahí; todo lo que trashuma, lo que se difumina, fluye, corre, se escapa, resta, reptar. Este libro es el esfuerzo por pensar los adjetivos de una ontología que se les resiste. Por eso estamos frente a ensayos posfundacionalistas, cuya intención transversal es casi siempre mostrar un movimiento: *¿Cómo algo llega a ser, por qué medios lo hace y qué consecuencias políticas tiene ese movimiento en sí mismo?* Por ese motivo se puede decir que “una perspectiva ontológica como la propuesta aquí de ningún modo legitima el mundo como tal, puesto que parte de su socavamiento. Se trata de una indagación que abre lo existente a su configuración desde un trasfondo de posibilidades” (Biset et al, 2011:8).

Este forcejeo entre ontología y aquello que la sobrepasa –que es sólo otra forma de ver que la ontología es una germinación contingente de lo dado, un puro gesto de institución– es lo que vuelve a cada uno de los artículos un escrutinio político. Precisamente porque la política es lo aporético dado “en el cruce entre exceso y falta” entre ciertos niveles discursivos (Biset et al, 2011:7).

“Ontologías políticas”, como toda sentencia verdaderamente filosófica, es una invención arriesgada. Ofrece, por un lado, la conjunción de dos términos difíciles y evoca, por otro, las condiciones de posibilidad de este encuentro. Por esa encrucijada deambulan los sucesivos escritos. Y es que la “ontología”, como en aquel viejo fragmento heraclíteo, “quiere y no quiere” ser llamada ‘política’, pues ese calificativo no le pertenece naturalmente, pero más hondamente porque, en el fondo, aceptarlo representaría reconocer su fragilidad. A partir de ahí, se nos propone una suerte de exploración, un recorrido táctil en la oscuridad: “La ontología como crítica más allá de la crítica, no juzga lo real desde la razón, sino que abre lo real a su posibilidad. Por ello mismo se trata de una posición que constituye en sí misma una apuesta política” (Biset et al, 2011:8).



Estamos ante un libro necesario. Resume una época –utiliza a los pensadores que la habitan, asume su axioma antiesencialista, analiza sus singularidades históricas– mientras declara la necesidad de superarla: hay que disponer de lo que hemos pensado para abrir nuevos mundos pero también para intervenir políticamente en lo inmediato. Todos los textos que encontramos en *Ontologías políticas* se anudan con uno o más filósofos, los examinan, los relevan y los ponen de cara a ciertos problemas actuales para finalmente desembocar, una y otra vez, en aportes. Eso que Biset en su escrito llama sintomáticamente “aperturas”. Cuando él sugiere que a la diferencia hay que anclarla, además de al clásico doble registro óntico-ontológico, a un plano trascendental en el que además encontramos la política, o cuando Vargas y Aznárez Carini acentúan el carácter fundante de la falta y alientan una práctica política de lo común asentada sobre la misma; cuando Groisman se concentra en la interrupción badiouana de la *doxa* capitalista y la realza para clamar por nuevas consecuencias, o cuando, finalmente, Farrán define al filósofo materialista como aquél que logra articular –ejerciendo una especie de política de *segundo grado*– verdades que pertenecen a las más alejadas regiones del saber y del hacer humano, cuando todo esto se derrama sobre unas páginas y comienza a propagarse, se avanza. Se gana terreno y se reclama una época nueva. Quizás la de una apuesta política radical en lo que respecta al campo intelectual, donde ni siquiera sean necesarios los nombres de los maestros. Una época hambrienta de futuro, del riesgo de pensar sin estribos, de la alegría de crear. *Ontologías políticas* la vuelve inminente.

Bibliografía

BISSET, Emmanuel; FARRÁN, Roque; AZNÁREZ CARINI, Gala; DAÍN, Andrés; GROISMAN, Daniel; MOYANO, Manuel; REYNARES, Juan Manuel; ROMERO, Aurora y VARGAS, Mercedes. (2011) ¿Por qué ontologías políticas? En Emmanuel Biset y Roque Farrán (Editores), *Ontologías políticas*. Buenos Aires: Imago Mundi